

EDITORIAL

MIENTRAS otros pueblos viven, en la hora actual del mundo, en pie de guerra, España vive, sin desatender por ello la reconstrucción de su economía, en pie de cultura”, decíamos en nuestro anterior editorial. Como un signo más, y valioso, de esa actitud, más que presente permanente, de España, se cuenta la conmemoración del IV Centenario de Miguel Cervantes Saavedra, antorcha y guía de las letras hispanas. No ha sido, por supuesto, una conmemoración más, protocolaria y sucinta. Al contrario. Todos los actos de la conmemoración, por su unidad y su rumbo, se han dirigido a poner de relieve la personalidad y la obra del más arrogante y más cierto de los españoles en relación con España y con el mundo circundante. Porque Cervantes —y al decir Cervantes aludimos implícitamente a su tarea magistral— ha sido, sin posible parangón en los fastos universales, el genio que más ha influido en la labor del pensamiento ecuménico. En España, además, ha influido, de modo inequívoco, en la limpieza, extensión, perdurabilidad y casticismo del idioma patrio. Si no fueran otros —y son incontables— los méritos del escritor, bastaría éste, el de su influencia en las glo-

rias del lenguaje vernáculo, para que España, y por España el Gobierno de Franco, exaltara la verdad de Cervantes, la riqueza de su obra y, como queda dicho, el magisterio de su pluma in-marchita.

Cuatro días para una obra cortical y fullera es un tiempo largo; cuatro siglos para una obra humana y realista —no obstante su naturaleza imaginativa— es un tiempo breve. Es la diferencia que va del artificio al arte. Cervantes es hoy más original y más rotundo que nunca, y mientras más avancen los siglos, más recia y jugosa será su obra, que va desde "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha" a las "Novelas Ejemplares", pasando por sus comedias, tragedias y entremeses. Huelga advertir que ha sido por el "Quijote" —"el mejor código de la convivencia humana", como lo llamó el Sr. Ibáñez Martín— el que con más resonancia cordial ha dispersado, para afianzarlo, el prestigio incalculable de su autor y con él la grandeza de España.

Cuantos actos oficiales se organizaron entre nosotros para honrar la supervivencia del genio, se encaminaron, como es de suponer, a fortalecer las razones literarias de esa supervivencia. Iba en ello la misma honra de España. Y si otros pueblos, empeñados en contiendas materialistas, apenas si tienen ocios para regalar su acervo espiritual, España, desentendida de esas tormentas bélicas, "en pie permanente de cultura", se goza y se enciende, alternando la reconstrucción de su hacienda con la preponderancia y el cultivo de su patrimonio intelectual. Porque España, por otra parte, no puede prescindir de su pasado heroico. Quien lo tiene, lo luce. No todos los pueblos pueden afirmar otro tanto. Y como lo tiene, sería torpe no lucirlo, más que como espejuelo para fuera, como recreo para dentro, como estímulo para su futuro y, desde luego, como fuste sobre el que, henchida de entusiasmos, enarbola la majestad de su historia.

Una historia que no es sólo la conquista de mundos vivos para ofrendarlos después, sino la conquista de mundos imaginarios, para, de la misma manera, pero sin perder su dominio moral sobre ellos, como le acontece siempre, lanzarlos a los surcos —como siempre

también— de otras culturas y de otras civilizaciones. Estas siembras no son, claro está, inmediatas y directas, sino lejanas e inaprensibles. En realidad, ése fué, como una razón de ser, el papel de España. Alzar mundos de la nada para el provecho, más que propio, ajeno. Incluso en las obras del espíritu, desde las romerías misioneras hasta sus libros más amados. En este orden, Cervantes lleva —por delante su "Quijote"— cuatro siglos de correrías, y cuando ya han pasado los imperios, y se han sucedido las políticas, sin dejar siquiera rastro, él, Cervantes, pervive en su obra, como el mejor plenipotenciario de España y procurando para España, su cuna y su tumba, su hogar y su templo, los triunfos más resonantes y fecundos.

Y lo curioso es que entender el "Quijote", es entender España, aunque por admirar aquél, aparenten, sólo aparenten los demás, sin creerlo, desconocer España. Y es que España es, señores, el "Quijote", de Miguel de Cervantes Saavedra. O sea que España, como su héroe infinito, pervive. Y pervive con la fuerza inmutable de su genio secular y castizo, amasado de hondura nobilísima, de desinterés altruista, de amor entrañable, de fe redentora. Y es así por ella y para los demás. Como Don Quijote. Como Don Quijote, que "de puro español—como dijo Unamuno—, llegó a una como renuncia de su españolismo, llegó al espíritu universal, al hombre que duerme dentro de todos nosotros. Y es que el fruto de toda sumersión hecha con pureza de espíritu en la tradición, de todo examen de conciencia, es, cuando la gracia humana nos toca, arrancarnos a nosotros mismos, despojarnos de la carne individualmente, lanzarnos de la patria chica a la humanidad".

Al exaltar España —recogiéndola un poco dentro de sí— la figura de Cervantes y, como queda advertido, la magnitud ciclópea de su obra, más como calidad que como número, sólo ha tenido la intención, al par que cantar las virtudes de un héroe nacional, "Don Quijote", símbolo de toda justicia, de poner al descubierto, legítimamente, la ausencia de valores universales de esa índole. Porque todos los pueblos, al volver la vista hacia España, parece como si en lugar de admirar un genuino sentido de "Qui-

jote" en ella, se dolieran, en definitiva, de no poseerlo ellos, o por lo menos, los demás. De ser así, de ser "Don Quijote" el árbitro de la interpretación social de nuestro momento histórico —del momento del mundo, queremos decir—, los pueblos no se andarían rompiendo la crisma para satisfacción de sus peores egoísmos particulares, sino que lo harían, como el famoso personaje cervantino, en beneficio de los demás. Aunque por hacerlo así, y entender así la convivencia humana, fueran los pueblos, como Don Quijote, tenidos por locos.

Porque si bien "Don Quijote" viene a ser como una especie de "evangelio de regeneración nacional", algo mejor les iría a los mundos en discordia si lo tomaran, al cabo, como evangelio de regeneración universal.

Bajo esa aspiración, aparte del caudal filosófico, humano y poético de "Don Quijote", la conmemoración del IV Centenario del nacimiento de su autor tuvo para España un doble carácter: de fiesta literaria y de fiesta religiosa, a las que la conciencia hispánica se asomó, transida de fe, como para impetrar, desde lo insobornable, la realización del milagro. Ese milagro de la multiplicación de "Don Quijote" sobre el haz de la tierra para "los que han hambre y sed de justicia".



MIGUEL DE CERVANTES
SAAVEDRA